



**HISTORIA DE UN ALMA ENAMORADA DE JESUS Y DEL CARMELO**

**(Manuscrito "A")**

**SANTA TERESA DEL NIÑO DE JESUS Y LA SANTA FAZ**

**TERESITA DE LISIEUX**

**Autor: Pedro Sergio Donoso Brant**

**[www.caminando-con-jesus.org](http://www.caminando-con-jesus.org)**

## Contenido

INTRODUCCIÓN.....	4
La «Historia de un Alma» .....	5
CAPÍTULO I: ALENÇON (1873-1877), escrito en enero 1895.....	7
Cántico de las Misericordias del Señor .....	7
Dios ha querido rodearla de amor.....	8
CAPÍTULO II, EN LOS BUISSONNETS (1877-1881).....	8
Muerte de mamá .....	8
De Alençon y se va a vivir a Lisieux.....	9
CAPÍTULO III, AÑOS DOLOROSOS (1881 - 1883) .....	10
Su hermana Paulina va al carmelo .....	10
Una extraña enfermedad.....	12
Nuestra Señora de las Victorias.....	12
CAPÍTULO IV. PRIMERA COMUNION - EN EL COLEGIO (1883-1886) .....	14
Me gustaría llamarme Teresa del Niño Jesús .....	14
Primera comunión .....	14
El primer beso de Jesús a mi alma .....	15
Fue a confesarse .....	16
Confirmación.....	17
CAPÍTULO V; DESPUÉS DE LA GRACIA DE NAVIDAD, (1886-1887) .....	18
Una carrera de gigante.....	18
Al pasar junto a mí, Jesús vio que yo estaba ya en la edad del amor.....	21
Hermanas del alma .....	22
Confidencia a su papá .....	24

Confidencia a su tío .....	25
Oposición del superior, viaje a Bayeux. ....	26
CAPÍTULO VI EL VIAJE A ROMA (1887).....	27
Peregrinación al Vaticano .....	27
Audiencia con León XIII .....	29
Todo había terminado. ....	31
Tres meses de espera.....	32
CAPÍTULO VII, PRIMEROS AÑOS EN EL CARMELO (1888-1890).....	33
La entrada al Carmelo.....	33
La Santa Faz.....	34
Toma de hábito .....	35
CAPÍTULO VIII. DESDE LA PROFESIÓN HASTA LA OFRENDA AL AMOR .....	36
(1890-1895) .....	36
Ejercicios espirituales.....	36
El hermoso día de sus bodas.....	37
Toma de velo .....	38
Madre Genoveva de Santa Teresa .....	38
Epidemia de la gripe .....	39
Retiro del P. Alejo .....	39
Priorato de la madre Inés .....	40
Entrada de Celina al Carmelo .....	40
La lectura como alimento espiritual .....	42
Fin del Manuscrito A .....	42

## INTRODUCCIÓN

Esta narración que les presento está tomada de los manuscritos autobiográficos, manuscrito dedicado a la Reverenda Madre Inés de Jesús, conocido también como Manuscrito «A». Como referencia para este texto he utilizado Las Obras Completas de la Editorial Monte Carmelo. Aclaro que mi narración es una síntesis de los relatos escritos por Teresita de Lisieux, donde me he permitido cambiar las formas para que sea más bien un relato entendible y fácil de leer y comprender y fue redactado para una jornada de taller sobre la vida de Teresita de Lisieux. Este relato se puede imprimir y utilizar para fines espirituales, en ningún caso para lucrar u obtener algún beneficio económico.

Los avatares de la Historia de un alma -Manuscritos autobiográficos- de santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz son hoy día bien conocidos.

Teresa escribió los Manuscritos A y C por obediencia a sus prioras, y el Manuscrito B a petición de su hermana María del Sagrado Corazón. Ella, personalmente, no pensaba en dejar un rastro escrito de sus recuerdos ni de sus pensamientos. Sin embargo, sus cartas y sus poesías eran para ella a la vez un medio de expresión y una forma de difundir su amor a Cristo. También supo desde el principio que, en cierto modo, el Manuscrito C estaba destinado a la publicación, puesto que la razón que la madre Inés había dado a la madre María de Gonzaga para que le «mandase» escribirlo era la redacción de su «Circular necrológica»...

Teresa tomó muy en serio la idea de la publicación y en las Últimas Conversaciones hace múltiples referencias a la misma, en parte probablemente para sostener la moral de sus hermanas (cf CA 27.5.1).

A medida que corre el tiempo, se va interesando más y más por esta obra póstuma. En su lecho de muerte, concedía una gran importancia a esta publicación y veía en ella un medio de apostolado. Un día Teresita dijo con firmeza: “Después de mi muerte, habrá que publicar el manuscrito sin demora. Si lo retrasas, y si cometes la imprudencia de hablar a alguien, excepto a nuestra Madre, el demonio te tenderá mil trampas para impedir esta publicación, que sin embargo es muy importante. Pero si haces todo lo que está en tus manos para que nadie la entorpezca, entonces no tengas miedo a los obstáculos que puedas encontrar. En

mi misión, como en la de Juana de Arco, la voluntad de Dios se cumplirá , a pesar de las envidias de los hombres. -Entonces, ¿crees que con ese manuscrito harás el bien a las almas? -Sí, es un medio del que Dios se servirá para escucharme. Hará bien a toda clase de almas, excepto a las que vayan por caminos extraordinarios” (Madre Inés, PA p. 202, donde se recogen dichos de Teresa pronunciados en diversas ocasiones: cf PO p. 147, 176, 202-201; CA 27.7.6; 9.8.2).

Es innegable que Teresa dejó a la madre Inés como su «editora». Esta declaró bajo juramento que su hermana le había dicho: «Madre, todo lo que te parezca conveniente suprimir o añadir en el cuaderno de mi vida, yo misma lo suprimo o lo añado. Recuerda esto más tarde, y no tengas el menor escrúpulo a este respecto»; y en otra ocasión, a propósito del Manuscrito C: «No he escrito lo que quería -me dijo tristemente-, habría necesitado una mayor soledad. Sin embargo, mi pensamiento está ahí, no tienes más que ordenarlo» El P. Francisco de Santa María comenta con razón: «Suprimir, añadir, clasificar: las tres operaciones que la autora de los manuscritos preveía y aprobaba, y que su editora realizó después ampliamente. Podrá discutirse, ciertamente, sobre el número y la conveniencia de esas modificaciones. Pero el problema de su derecho a hacerlo es incuestionable: la firma en blanco estaba puesta»

### **La «Historia de un Alma»**

En el Proceso Ordinario la madre Inés declaró: «Fui yo quien tuvo la iniciativa de proponer esta publicación (la Historia de un alma) después de su muerte. Al releer los manuscritos que tenía entre las manos, tuve la impresión de poseer un tesoro que podría hacer mucho bien a las almas».

A la pregunta: «¿Concuera perfectamente el libro impreso con el autógrafo de la Sierva de Dios, de manera que se pueda leer el uno por el otro con seguridad?», la madre Inés respondió (el 17/8/1910): «Hay algunos cambios, pero son de poca importancia y no alteran el sentido general y sustancial del relato. Estos cambios son los siguientes:

1º La supresión de algunos pasajes muy cortos, que relatan detalles íntimos de la vida familiar durante su niñez;

2º la supresión de una o dos páginas, cuyo contenido me parecía poco interesante para

lectores ajenos al Carmelo;

3º y por fin, como la historia manuscrita se componía de tres partes -una dirigida a mí (sor Paulina), otra a su hermana María, y la última cronológicamente a sor María de Gonzaga, que entonces era priora-, ésta, que dirigió la publicación del manuscrito, exigió algunos retoques de detalle en las partes dirigidas a sus hermanas, a fin de que, en razón de una mayor unidad, toda la obra pareciese dirigida a ella» (p. 149).

**Nota: Este relato se puede imprimir y utilizar para fines espirituales, en ningún caso para lucrar u obtener algún beneficio económico.**

**Pedro Sergio Donoso Brant**

## **CAPÍTULO I: ALENÇON (1873-1877), escrito en enero 1895**

### **Cántico de las Misericordias del Señor**

Escribe Teresita en el cántico de las Misericordias del Señor, año 1895 “Historia primaveral de una Florecita blanca, escrita por ella misma y dedicada a la Reverenda Madre Inés de Jesús”, a ti, Madre querida, a ti que eres doblemente mi madre, quiero confiar la historia de mi alma... El día que me pediste que lo hiciera, pensé que eso disiparía mi corazón al ocuparlo de sí mismo; pero después Jesús me hizo comprender que, obedeciendo con total sencillez, le agradecería...Luego, abriendo el Evangelio, mis ojos se encontraron con estas palabras: «Subió Jesús a una montaña y fue llamando a los que él quiso, y se fueron con él» (San Marcos, cap. II, v. 13). He ahí el misterio de mi vocación, de mi vida entera, y, sobre todo, el misterio de los privilegios que Jesús ha querido dispensar a mi alma... El no llama a los que son dignos, sino a los que él quiere. Mas adelante dice que “Jesús ha querido darme luz acerca de este misterio”. Y también dice que puso ante sus ojos el libro de la naturaleza y comprende que todas las flores que él ha creado son hermosas, y es lo mismo que sucede en el mundo de las almas, que es el jardín de Jesús y que la perfección consiste en hacer su voluntad, en ser lo que él quiere que seamos...Además comprendió que también que el amor de Nuestro Señor se revela lo mismo en el alma más sencilla que no opone resistencia alguna a su gracia, que en el alma más sublime y abajándose de tal modo, Dios muestra su infinita grandeza.

Teresita, al minuto de escribir, dice que se encuentra en un momento de su existencia en el que; “puedo echar una mirada hacia el pasado; mi alma ha madurado en el crisol de las pruebas exteriores e interiores”. Entonces ahora, como la flor fortalecida por la tormenta, levanta la cabeza por eso a la Madre Inés de Jesús y para ella sola expone: “voy a escribir la historia de la florecita cortada por Jesús”, por eso, le hablara con confianza total, sin preocuparse ni del estilo ni de las numerosas digresiones que pueda hacer y dice que por eso; “estoy segura de que voy a ser comprendida y hasta adivinada por ti, que modelaste mi corazón y que se lo ofreciste a Jesús”. La flor que va a contar su historia se alegra de poder pregonar las delicadezas totalmente gratuitas de Jesús.

## **Dios ha querido rodearla de amor**

Al escribirle a su Reverenda Madre, reconoce que durante toda su vida, Dios ha querido rodearla de amor y sus primeros recuerdos están impregnados de las más tiernas sonrisas y caricias. Siente ella, recordando a su mamá, que seguramente Jesús, en su amor, quería hacerle conocer a la madre incomparable que le había dado y que su mano divina tenía prisa por coronar en el cielo.

Desde niña, Teresita se emocionaba con gran facilidad y quería mucho a su madrina (Su hermana María) y oía decir con frecuencia que seguramente su hermana Paulina sería religiosa y sin saber lo que era eso, pensaba: “Yo también seré religiosa”. Es este uno de sus primeros recuerdos, y desde entonces nunca cambió de intención. Es así como expone: “Fuiste tú, Madre querida, la persona que Jesús escogió para desposarme con él” pero además dice: “Tú eras mi ideal, yo quería parecerme a ti, y tu ejemplo fue lo que me arrastró, desde los dos años de edad, hacia el Esposo de las vírgenes. ¡Cuántos hermosos pensamientos”.

En cuanto a su carácter, a pesar de sus defectos de niña, Jesús velaba por su pequeña prometida y quiso que todo redundase en su bien; incluso sus defectos, que, corregidos a tiempo, le sirvieron para crecer en la perfección. Ciertamente tenía que pasar por el crisol de la prueba y sufrir desde su infancia, para poder ofrecerle mucho antes a Jesús. Igual que las flores de la primavera comienzan a germinar bajo la nieve y se abren a los primeros rayos del sol, así también la florecita cuyos recuerdos está escribiendo tuvo que pasar también por el invierno de la tribulación.

## **CAPÍTULO II, EN LOS BUISSONNETS (1877-1881)**

### **Muerte de mamá**

Todos los detalles de la enfermedad de su querida madre siguieron siempre vivos en su corazón y recuerda sobre todo, el de las últimas semanas que pasó en la tierra. Cuando jugaban como niñas les perseguía de continuo el recuerdo de su madre querida. Recuerda Teresita una vez que a Celina le dieron un albaricoque, se inclinó hacia ella y le dijo muy



bajito: “No lo comeremos, se lo daré a mamá”. Pero ¡ay!, su pobre mamaíta estaba ya demasiado enferma para comer las frutas de la tierra y comenta: “ Ya sólo en el cielo podría saciarse con la gloria de Dios y beber con Jesús el vino misterioso del que él habló en la última cena cuando dijo que lo compartiría con nosotros en el reino de su Padre”. El día de la muerte de mamá (El 28 de agosto de 1877; tenía cuarenta y cinco años), estaban las cinco hermanas colocadas por orden de edad, y su pobre papaíto estaba también allí sollozando, la me cogió en brazos, diciéndole: «Ve a besar por última vez a tu pobre mamaíta». Y ella sin decir nada, acerco sus labios a la frente de su madre querida...Era muy pequeña le pareció muy triste. Quince años más tarde, se encontró delante de otro ataúd, el de la madre Genoveva y le pareció estar volviendo a los días de su infancia. Todos los recuerdos se agolpeaban en su mente.

El día en que la Iglesia bendijo los restos mortales de su mamaíta del cielo se echó de su en los brazos de su hermana, exclamando: “¡Pues mi mamá será (dese ahora) Paulina!”.

A partir de la muerte de su mamá, su temperamento feliz cambió por completo, ya no era tan vivaracha y efusiva, se hizo tímida y callada y extremadamente sensible. Bastaba una mirada, entonces recuerda que si Dios no hubiese prodigado a su florecilla esos sus rayos bienhechores, nunca ella hubiera podido aclimatarse a la tierra, pues era todavía demasiado débil para soportar las lluvias y las tormentas, y necesitaba calor, el suave rocío y las brisas de primavera. Nunca le faltaron [13vº] todas esas ayudas y Jesús hizo que las encontrase incluso bajo la nieve del sufrimiento.

### **De Alençon y se va a vivir a Lisieux**

Teresita deja el pueblo de Alençon y se va a vivir a Lisieux y recuerda las delicadezas de su papa. Todas las tardes iba a dar un paseíto con él. Hacían juntos una visita al Santísimo Sacramento, visitando cada día una nueva iglesia. Fue así como entro por vez primera en la capilla del Carmelo. Papá le enseñó la reja del coro, diciéndole que al otro lado había religiosas. ¡Qué lejos estaba de imaginarse que nueve años más tarde iba a encontrarse entre ellas...! Durante los paseos que daba con su papá, le gustaba que le mandase a llevar la limosna a los pobres con que se encontraban.

Teresita confiesa que amaba mucho a Dios y le ofrecía con frecuencia su corazón. Fue en

ese tiempo que también hizo su primera confesión, donde como era pequeña, se puso de pie frente al confesor para verle bien y recibió su bendición con gran fervor, pues su Paulina le había dicho que en esos momentos las lágrimas del Niño Jesús purificarían su alma.

Tenía Teresita seis o siete años cuando su papá la llevó a Trouville. Nunca olvidó la impresión que le causó el mar. No se cansaba de mirarlo. Su majestuosidad, el rugido de las olas, todo le hablaba a su alma de la grandeza y del poder de Dios. Al atardecer, a esa hora en la que el sol parece querer bañarse en la inmensidad de las olas, dejando tras de sí un surco luminoso, iba a sentarse, a solas con Paulina, en una roca. Y allí recordó el cuento conmovedor de «El surco de oro» De un libro de lecturas. La Tirelire aux histoires [La hucha de los cuentos], de Luisa S.W.Belloc (bajo el título de «El sendero de oro»). Se trata del sueño simbólico de una niña que va navegando sobre el surco de oro del sol poniente. Entonces estuvo contemplando durante mucho tiempo aquel surco luminoso, imagen de la gracia que ilumina el camino que debe recorrer la barquilla de airosa vela blanca. Allí, al lado de Paulina, hizo el propósito de no alejar nunca su alma de la mirada de Jesús, para que pueda navegar en paz hacia la patria del cielo. Su vida discurría serena y feliz.

### **CAPÍTULO III, AÑOS DOLOROSOS (1881 - 1883)**

#### **Su hermana Paulina va al carmelo**

Paulina en el Carmelo, para Teresita fue un drama, una dolorosa prueba que vino a destrozarse el corazón de Teresita cuando Jesús le arrebató a su querida mamá, a su Paulina ¡a la que tan tiernamente quería...! Un día, Teresita le había dicho a Paulina que le gustaría ser solitaria e irse con ella a un desierto lejano. Ella le contestó que ése era también su deseo y que esperaba a que fuese mayor para marcharse juntas. La verdad es que aquello no lo dijo en serio, pero Teresita sí lo había tomado en serio. Por eso, ¿cuál no sería su dolor al oír un día hablar a su querida Paulina con María de su próxima entrada en el Carmelo.?

Teresita no sabía lo que era el Carmelo, pero comprende que Paulina iba a dejarla para entrar en un convento, comprendió que no le esperaba y que iba a perder a su segunda

madre y se decía: “¿Cómo podré expresar la angustia de mi corazón?” En un instante comprende lo que era la vida. Hasta entonces no le había parecido tan triste, pero entonces se le apareció en todo su realismo, y lloró lágrimas muy amargas, pues aún no comprendía la alegría del sacrificio, fue la partida de su Paulina querida como si le hubieran clavado una espada en el corazón. Sin embargo, luego Paulina le explico la vida del Carmelo y le me pareció muy hermosa. Evocando en su interior todo lo que le habías dicho antes, comprendió que el Carmelo era el desierto adonde Dios quería que fuese también a esconderse. Lo comprendió con tanta evidencia, que no quedó la menor duda en su corazón. No era un sueño de niña que se deja entusiasmar fácilmente, sino la certeza de una llamada de Dios y quería ir al Carmelo, no por Paulina, sino sólo por Jesús. Pensó muchas cosas que las palabras no pueden traducir, pero que dejaron una gran paz en su alma.

Durante las pocas semanas que su querida Paulina permaneció todavía en el mundo, y procuró aprovecharse bien de ella. Por fin, llegó el 2 de octubre, día de lágrimas y de bendiciones, en que Jesús cortó la primera de sus flores, destinada a ser la madre de las que pocos años después irían a reunirse con ella. Aún le parece estar viendo el lugar donde recibió el último beso de Paulina. Luego, su tía los llevó a todas a Misa, mientras papá subía a la montaña del Carmelo para ofrecer su primer sacrificio. Toda la familia lloraba y ella no dejó de llorar, su alma estaba inundada de tristeza, no obstante, tenía la esperanza de volver a encontrarla en el Carmelo, pero tenía que pasar por muchos crisoles antes de alcanzar la meta que tanto deseaba.

Recuerda Teresita que cuando vio a Paulina detrás de las rejas: “¡Ay, cuánto he sufrido en ese locutorio del Carmelo.!” Todos los jueves iba en familia al Carmelo. Y ella que estaba acostumbrada a hablar con Paulina de corazón a corazón, apenas si conseguía dos o tres minutos al final de la visita, que, por supuesto, se pasaba llorando, y luego se iba con el corazón desgarrado.

Entretanto, se acercaba la toma de hábito de Paulina. Delante de ella evitaban hablar de ello, pues sabían la pena que sentía por no poder ir; pero Teresita hablaba de ello con frecuencia, diciendo que para entonces ya estaría lo bastante bien para ir a ver a su Paulina querida.

Y en efecto, Dios no quiso negarle ese consuelo, o, mejor, quiso consolar a su querida prometida, que tanto había sufrido con la enfermedad de su hijita. Y Teresita comenta: “He observado que Jesús no quiere probar a sus hijas en el día de sus esponsales, esta fiesta debe ser una fiesta sin nubes, un anticipo de las alegrías del paraíso. ¿No lo ha demostrado ya cinco veces cuando sus hermanas han tomado el hábito?”

### **Una extraña enfermedad**

Teresita tuvo una extraña enfermedad, y la enfermedad se agravó tanto, que, según los cálculos humanos, no tenía remedio, pero durante mucho tiempo después de su curación creyó que había fingido estar enferma, y eso fue para si alma un verdadero martirio. Lo dijo en la confesión, y también su confesor intentó tranquilizarla, diciéndole que no era posible que hubiese simulado estar enferma hasta el punto que ella lo había estado. Entonces reflexiono que Dios, sin duda, quería purificarle, y sobre todo humillarle, y le dejó en este martirio íntimo hasta su entrada en el Carmelo, donde el Padre Almiro Pichon, (jesuita) barrió como con la mano todas sus dudas, y desde entonces quedó totalmente tranquila. María no se separaba de su cama, cuidándola y consolándola.

Era el mes de mayo. Toda la naturaleza se vestía de flores y respiraba alegría. Sólo la florecita languidecía y parecía marchita para siempre, sin embargo, tenía un sol cerca de ella. Ese sol era la estatua milagrosa de la Santísima Virgen, que le había hablado por una vez a su mamá, y la florecita volvía muchas, muchas veces su corola hacia aquel astro bendito.

### **Nuestra Señora de las Victorias**

Un día vio que papá entraba en la habitación de María, donde estaba acostada, y, dándole varias monedas de oro con expresión muy triste, le dijo que escribiera a París y encargase unas misas a Nuestra Señora de las Victorias para que le curase a su pobre hijita. ¡Cómo le emocionó ver la fe y el amor de su querido rey! [30<sup>o</sup>] Hubiera deseado poder decirle que estaba curada, ¡pero le había dado ya tantas alegrías falsas! No eran sus deseos los que podían hacer ese milagro, pues la verdad es que para curarse se necesitaba un milagro. Se necesitaba un milagro, y fue Nuestra Señora de las Victorias quien lo hizo. Recuerda Teresita que estando cama se puso de rodillas junto a su cama con Leonia y Celina. Luego,

volviéndose hacia la Santísima Virgen e invocándola con el fervor de una madre que pide la vida de su hija, María alcanzó lo que deseaba. También la pobre Teresita, al no encontrar ninguna ayuda en la tierra, se había vuelto hacia su Madre del cielo, suplicándole con toda su alma que tuviese por fin piedad de ella. De repente, la Santísima Virgen le pareció hermosa, tan hermosa, que nunca había visto nada tan bello. Su rostro respiraba una bondad y una ternura inefables. Pero lo que le caló hasta el fondo del alma fue la «encantadora sonrisa de la Santísima Virgen».

En aquel momento, todas sus penas se disiparon. Dos gruesas lágrimas brotaron de sus párpados y se deslizaron silenciosamente por sus mejillas, pero eran lágrimas de pura alegría. Teresita reflexiona: “¡La Santísima Virgen, pensé, me ha sonreído! ¡Qué feliz soy...! Sí, [30v<sup>o</sup>] pero no se lo diré nunca a nadie, porque entonces desaparecería mi felicidad”.

Comenta Teresita: “Bajé los ojos sin esfuerzo y vi a María que me miraba con amor. Se la veía emocionada, y parecía sospechar la merced que la Santísima Virgen me había concedido... Precisamente a ella y a sus súplicas fervientes debía yo la gracia de las sonrisas de la Reina de los cielos. ¡Teresa está curada! Sí, la florecita iba a renacer a la vida. María, después de escuchar el ingenuo y sincero relato de «mi gracia», me pidió permiso para contarlo en el Carmelo, y no podía decirle que no”.

En su primera visita a ese Carmelo querido se sintió inundada de gozo al ver a su Paulina vestida con el hábito de la Virgen. [31r<sup>o</sup>] Fue un momento muy dulce para las dos. Tenían tantas cosas que decirse, que a ella no le salía nada, se ahogaba de emoción.

La madre María de Gonzaga también estaba allí y le daba mil muestras de cariño. Vio también a otras hermanas, y delante de ellas le preguntaron por la gracia que había recibido, y [María] le preguntó si la Santísima Virgen llevaba al Niño Jesús, y si había mucha luz, etc. Todas estas preguntas le turbaron y le hicieron sufrir. Y no podía decir más que una cosa: “La Santísima Virgen me había parecido muy hermosa..., y la había visto sonreírme. Lo único que me había impresionado era su rostro”.

## **CAPÍTULO IV. PRIMERA COMUNION - EN EL COLEGIO (1883-1886)**

### **Me gustaría llamarme Teresa del Niño Jesús**

Una mañana del día en que debía ir al locutorio, reflexionando sola en la cama (pues era allí donde hacía sus meditaciones más profundas y donde, a diferencia de la esposa del Cantar de los Cantares, encontraba siempre a su Amado), se preguntaba cómo se llamaría en el Carmelo. Sabía que había ya en él una sor Teresa de Jesús; sin embargo, no podían quitarle su bonito nombre de Teresa. De pronto, pensó [31vº] en el Niño Jesús, a quien tanto quería, y se dijo: “¡Cómo me gustaría llamarme Teresa del Niño Jesús!”. En el locutorio no dijo nada del sueño que había tenido completamente despierta. Pero al preguntar la madre María de Gonzaga a las hermanas qué nombre se pondrían, se le ocurrió darle el nombre que Teresita había soñado. Se alegró enormemente, y aquella feliz coincidencia de pensamientos le pareció una delicadeza de su Amado, el Niño Jesús.

Algunos pequeños detalles de su niñez de antes de tu entrada en el Carmelo era su amor a las estampas y a la lectura. Se pasaba las horas muertas mirándolas. Por ejemplo, la «florecita del divino Prisionero» era tan sugestiva, que se quedaba ensimismada mirándola. Al ver que el nombre de Paulina estaba escrito al pie de la florecita, le hubiera gustado que el de Teresa estuviera también allí, y se ofrecía a Jesús para ser su florecita.

Dios le concedió la gracia de no conocer el mundo, a no ser justo para despreciarlo y alejarse de él. Podría decir que el único bien que vale la pena es amar a Dios con todo el corazón y ser pobres de espíritu aquí en la tierra. Entonces Teresita piensa que tal vez Jesús quiso mostrarle el mundo antes de hacerle la primera visita, para que eligiera más libremente el camino que iba a prometerle seguir.

### **Primera comunión**

La época de su primera comunión ha quedado grabada en su corazón como un recuerdo sin nubes. No podía estar mejor preparada de lo que lo estuvo, y sus sufrimientos del alma desaparecieron durante casi un año. Jesús quería darle a gustar la alegría más plena posible en este valle de lágrimas.

Recuerda Teresita el precioso librito que le preparó su elegida madre tres meses antes de

su primera comunión. Era un método que proponía para cada día una serie de sacrificios y de breves oraciones, simbolizados en flores y perfumes. Aquel librito le ayudó a preparar metódica y rápidamente mi corazón; pues si bien es cierto que ya lo venía preparando desde hacía mucho tiempo, era necesario darle un nuevo impulso, llenarlo de flores nuevas para que Jesús pudiese descansar a gusto en él.

Hasta entonces, nadie le había enseñado todavía la forma de hacer oración, a pesar de que tenía muchas ganas. Pero María pensaba que era ya bastante piadosa, y no me dejaba hacer más que sus oraciones.

Un día, una de las profesoras de la Abadía le preguntó qué hacía los días libres cuando estaba sola. Y le contesto que se metía en un espacio vacío que había detrás de su cama y que podía cerrar fácilmente con la cortina, y que allí «pensaba». -¿Y en qué piensas?, en Dios, en la vida..., en la eternidad. Un recuerdo más antiguo de Celina dice que: «Soñaba con la vida eremítica, y a veces se aislaba (...) detrás de las cortinas de su cama, para hablar con Dios. Tenía entonces siete u ocho años» (PO p. 269). Y así fue como comprende que, sin saberlo, hacía oración y que ya Dios le instruía en lo secreto. Jesús le compensó abundantemente.

A Teresita le gustaba mucho ir con las religiosas a todos los oficios. Llamaba la atención entre sus compañeras por un gran crucifijo que le había regalado Leonia y que llevaba puesto en el cinturón como los misioneros. Aquel crucifijo despertaba la envidia de las religiosas, que pensaban que, al llevarlo, quería imitar a su hermana la carmelita...¡Y sí, hacia ella volaban sus pensamientos! Sabía que su Paulina estaba de ejercicios como ella para prepararse para su profesión, que estaba prevista para el mismo día (8 de mayo), no para que Jesús se entregase a ella, sino para entregarse ella a Jesús, hermoso paralelismo entre la eucaristía y la profesión; pero después de su primera comunión, Teresa se entregará para siempre (35r<sup>o</sup>).y aquella soledad, pasada en la espera, le resultaba por eso doblemente grata.

### **El primer beso de Jesús a mi alma**

Había escrito al P. Pichon para encomendarla a sus oraciones, y diciéndole también que pronto sería carmelita y que entonces él sería su director espiritual. (Y así ocurrió

efectivamente cuatro años más tarde, pues en el Carmelo pudo abrirle el alma...). Y Teresita comenta: "María me entregó una carta suya. ¡Realmente, era feliz...! Todas las alegrías me llegaban juntas. Lo que más me gustó de su carta fue esta frase: ¡Mañana celebraré el santo sacrificio por ti y por Paulina!" El 8 de mayo Paulina y Teresa quedaron más unidas que nunca, pues Jesús parecía fundirlas en una, inundándolas de sus gracias. Es así como Teresita expone: "¡Qué dulce fue el primer beso de Jesús a mi alma...! Fue un beso de amor. Me sentía amada, y decía a mi vez: Te amo y me entrego a ti para siempre".

No hubo preguntas, ni luchas, ni sacrificios. Desde hacía mucho tiempo, Jesús y la pobre Teresita se habían mirado y se habían comprendido. Aquel día no fue ya una mirada, sino una fusión. Ya no eran dos: Teresa había desaparecido como la gota de agua que se pierde en medio del océano. Sólo quedaba Jesús, él era el dueño, el rey.

Y cree Teresita que la Santísima Virgen debió de mirar a su florecita y sonreírle. ¿No la había curado ella con su sonrisa visible? ¿No había ella depositado en el cáliz de su florecita a su Jesús, la Flor de los campos y el Lirio de los valles?

### **Fue a confesarse**

Recuerda Teresita: "Aproximadamente un mes después de su primera comunión, fue a confesarme (el P. Pichon) para la fiesta de la Ascensión, y me atreví a pedir permiso para comulgar. Contra toda esperanza, el Sr. abate me lo concedió, y tuvo la dicha de arrodillarse a la Sagrada Mesa entre papá y María. ¡Qué dulce recuerdo he conservado de esta segunda visita de Jesús! De nuevo corrieron las lágrimas con inefable dulzura. Me repetía a mí misma sin cesar estas palabras de san Pablo: Ya no vivo yo, ¡es Jesús quien vive en mí...!"

A partir de esta comunión, se fue haciendo cada vez mayor su deseo de recibir al Señor. Obtuvo permiso para comulgar en todas las fiestas importantes. Con todo tenía la íntima convicción que Jesús le tenía reservado un gran número de cruces. No obstante se sentía inundada de tan grandes consuelos, que los consideró como una de las mayores gracias de su vida.

Sentía también el deseo de no amar más que a Dios y de no hallar alegría fuera de él. Con



frecuencia, durante las comuniones, le repetía estas palabras de la Imitación: “¡Oh, Jesús, dulzura infinita, cámbiame en amargura todos los consuelos de la tierra...!” Esta oración brotaba de sus labios sin esfuerzo y sin dificultad alguna. Le parecía repetirla, no por propia voluntad, sino como una niña que repite las palabras que le inspira un amigo.

Más adelante le dirá a Paulina: “Madre querida, cómo tuvo a bien Jesús hacer realidad mi deseo y cómo sólo él fue siempre mi dulzura inefable”.

### **Confirmación**

Su Leonia querida fue la madrina de su Confirmación, y estaba tan emocionada, que no dejó de llorar durante toda la ceremonia. Recibió Leonia con ella la sagrada comunión, pues aquel día feliz tuve la dicha de volver a unirse a Jesús.

Intentó trabar amistad con algunas niñas de su edad, sobre todo con dos de ellas. Y las quería, y también ellas le querían en la medida en que podían. Expresa Teresita: “Pero ¡¡¡ay, qué raquítico y voluble es el corazón de las criaturas...!!! Pronto comprobé que mi amor no era correspondido. ¡Cómo le agradezco a Jesús que no me haya hecho encontrar más que «amargura en las amistades de la tierra»! Con un corazón como el mío, me habría dejado atrapar y cortar las alas, y entonces ¿cómo hubiera podido «volar y hallar reposo»? ¿Cómo va a poder unirse íntimamente a Dios un corazón entregado al afecto de las criaturas? (Cf San Juan de La Cruz: «Y por tanto, el alma que en él [en el ser de las criaturas] pone su afición (...) en ninguna manera podrá unirse (...) con el infinito ser de Dios»” (Subida al Monte Carmelo, 1,4,4).

Escribía Teresita: “Pienso que es imposible. Aunque no he llegado a beber de la copa emponzoñada [38v<sup>o</sup>] del amor demasiado ardiente de las criaturas, sé que no me equivoco. ¡He visto a tantas almas volar como pobres mariposas y quemarse las alas, seducidas por esta luz engañosa, y luego volver a la verdadera, a la dulce luz del amor, que les daba nuevas alas, más brillantes y más ligeras, para poder volar hacia Jesús, ese Fuego divino «que arde sin consumirse!»” ¡Sí, lo sé! Jesús me veía demasiado débil para exponerme a la tentación. Tal vez me hubiera dejado quemar toda entera por esa luz engañosa, si la hubiera visto brillar ante mis ojos... Pero no fue así. Yo sólo he encontrado amargura donde otras almas más fuertes encuentran alegría y se desasen de ella por fidelidad....No tengo,

pues, ningún mérito por no haberme entregado al amor de las criaturas, ya que sólo la misericordia de Dios me preservó de hacerlo... Reconozco que, sin El, habría podido caer tan bajo como santa María Magdalena, y las profundas palabras de Nuestro Señor a Simón resuenan con gran dulzura en mi alma... Lo sé muy bien: «Al que poco se le perdona, poco ama». Pero sé también que a mí Jesús me ha perdonado mucho más que a santa María Magdalena, pues me ha perdonado por adelantado, impidiéndome caer. Este era mi único consuelo. ¿No era, acaso, Jesús mi único amigo...? No sabía hablar con nadie más que con él. Las conversaciones con las criaturas, incluso las conversaciones piadosas, me cansaban el alma... Sentía que vale más hablar con Dios que [41r<sup>o</sup>] hablar de Dios, ¡pues se suele mezclar tanto amor propio en las conversaciones espirituales...! Me parece estar ya recibiendo el abrazo de Jesús...Jesús conocía muy bien mi debilidad”.

## **CAPÍTULO V; DESPUÉS DE LA GRACIA DE NAVIDAD, (1886-1887)**

### **Una carrera de gigante**

Escribe Teresita: “Si el cielo me colmaba de gracias, no era porque yo lo mereciese, pues era aún muy imperfecta. Es cierto que tenía un gran deseo de practicar [44v<sup>o</sup>] la virtud, pero lo hacía de una manera muy peregrina. He aquí un ejemplo:

“Como era la más pequeña, no estaba acostumbrada a arreglármelas yo sola...Debido a mi extremada sensibilidad, era verdaderamente insoportable... Lloraba como una Magdalena, lo cual aumentaba mi falta en lugar de atenuarla, y cuando comenzaba a consolarme de lo sucedido, lloraba por haber llorado. Todos los razonamientos eran inútiles, y no lograba corregirle de tan feo defecto...Comenta Teresita: “No sé cómo podía ilusionarme con la idea de entrar en el Carmelo estando todavía, como estaba, en -los pañales de la infancia- (Expresión de san Juan de la Cruz en Noche oscura)...Era necesario que Dios hiciera un pequeño milagro para hacerme crecer en un momento, y ese milagro lo hizo el día inolvidable de Navidad” (En la noche del viernes 24 al sábado 25 de diciembre de 1886). En esa noche luminosa que esclarece las delicias de la Santísima Trinidad, Jesús, el dulce niño recién nacido, cambió la noche de su alma en torrentes de luz...Escribe Teresita: “En esta noche, en la que él se hizo débil y doliente por mi amor, me

hizo a mí fuerte y valerosa; me revistió de sus armas, y desde aquella noche bendita ya no conocí la derrota en ningún combate, sino que, al contrario, fui de victoria en victoria y comencé, por así decirlo, «una carrera de gigante »”.

Jesús, que quería hacerle ver que ya era hora de que le liberase de los defectos de la niñez, le quitó también sus inocentes alegrías: permitió que su papá, que venía cansado de la Misa del Gallo, sintiese fastidio a la vista de sus zapatos en la chimenea y dijese estas palabras que le traspasaron el corazón: «¡Bueno, menos mal que éste es el último año...!»

Pero Teresa ya no era la misma, ¡Jesús había cambiado su corazón! Reprimiendo las lágrimas, y conteniendo los latidos del corazón, cogió los zapatos y, poniéndolos delante de papá, fue sacando alegremente todos los regalos, con el aire feliz de una reina. Papá reía, recobrado ya su buen humor, Felizmente, era una hermosa realidad: ¡Teresita había vuelto a encontrar la fortaleza de ánimo que había perdido a los cuatro años y medio, y la conservaría ya para siempre.!

Aquella noche de luz comenzó el tercer período de su vida, el más hermoso de todos, el más lleno de gracias del cielo. La obra que ella no había podido realizar en diez años Jesús la consumó en un instante, conformándose con su buena voluntad, que nunca le había faltado.

Relata Teresita: “Yo podía decirle, igual que los apóstoles: «Señor, me he pasado la noche bregando, y no he cogido nada». Y más misericordioso todavía conmigo que con los apóstoles, Jesús mismo cogió la red, la echó y la sacó repleta de peces... Hizo de mí un pescador de almas, y sentí un gran deseo de trabajar por la conversión de los pecadores, deseo que no hubiese sentido antes con tanta intensidad... Sentí, en una palabra, que entraba en mi corazón la caridad, sentí la necesidad de olvidarme de mí misma para dar gusto (Uno de los grandes temas teresianos ) a los demás, ¡y desde entonces fui feliz...!”

### **La sangre de Jesús**

Un domingo (En julio de 1887) mirando una estampa de Nuestro Señor en la cruz,(Según las Novissima Verba, Estampa de Cristo en la cruz, de Müller), se sintió profundamente impresionada por la sangre que caía de sus divinas manos, recuerda Teresita: “Sentí un

gran dolor al pensar que aquella sangre caía al suelo sin que nadie se apresurase a recogerla. Tomé la resolución de estar siempre con el espíritu al pie de la cruz para recibir el rocío divino que goteaba de ella, y comprendí que luego tendría que derramarlo sobre las almas...También resonaba continuamente en mi corazón el grito de Jesús en la cruz: «¡Tengo sed!». Estas palabras encendían en mí un ardor desconocido y muy vivo... Quería dar de beber a mi Amado, y yo misma me sentía devorada por la sed de almas... No eran todavía las almas de los sacerdotes las que me atraían, sino las de los grandes pecadores; ardía en deseos de arrancarles del fuego eterno... Y para avivar mi celo, Dios me mostró que mis deseos eran de su agrado”.

### **Oración por los pecadores, caso Pranzini**

Teresita oyó hablar de un gran criminal que acababa de ser condenado a muerte por unos crímenes horribles, Enrique Pranzini, de treinta y un años de edad, había degollado a dos mujeres y a una niña para robar y condenado a ser guillotinado. Todo hacía pensar que moriría impenitente. Y Teresita quiso evitar a toda costa que cayese en el infierno (Teresa habla muy raras veces del infierno) y para conseguirlo empleó todos los medios imaginables. Sabiendo que no podía nada, ofreció como gesto extraordinario, siendo adolescente de catorce años, los méritos infinitos de Nuestro Señor, pero además hizo cómplice a su hermana Celina quien le ayudo, además hubiese querido que todas las criaturas se unieran a ella para implorar gracia para el culpable. En el fondo de su corazón tenía la plena seguridad de que sería escuchada y que Dios perdonaría al pobre infeliz de Pranzini, aunque no se confesase ni diese muestra alguna de arrepentimiento, tanta confianza tenía en la misericordia infinita de Jesús; pero que, simplemente para su consuelo, le pedía tan sólo «una señal» de arrepentimiento.

Al día siguiente de su ejecución, cayó en sus manos el periódico «La Croix» y leyó que Pranzini no se había confesado, había subido al cadalso, y se disponía a meter la cabeza en el lúgubre agujero, cuando de repente, tocado por una súbita inspiración, se volvió, cogió el crucifijo que le presentaba el sacerdote ¡y besó por tres veces sus llagas sagradas...! Después su alma voló a recibir la sentencia misericordiosa de Aquel que dijo que habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por los noventa y nueve justos que no necesitan convertirse...Teresa no olvidó a Pranzini, y más tarde, en

el Carmelo, cuando tenía algunos recursos, mandaba decir una misa, Teresita había obtenido «la señal» pedida, y esta señal era la fiel reproducción de las [46v<sup>o</sup>] gracias que Jesús le había concedido para inclinarse a rezar por los pecadores y comenta: "¿No se había despertado en mi corazón la sed de almas precisamente ante las llagas de Jesús, al ver gotear su sangre divina? Yo quería darles a beber esa sangre inmaculada que los purificaría de sus manchas, ¡¡¡y los labios de «mi primer hijo» fueron a posarse precisamente sobre esas llagas sagradas...!!! ¡Qué respuesta de inefable dulzura...! A partir de esta gracia sin igual, mi deseo de salvar almas fue creciendo de día en día. Me parecía oír a Jesús decirme como a la Samaritana: «¡Dame de beber!» Era un verdadero intercambio de amor: yo daba a las almas la sangre de Jesús, y a Jesús le ofrecía esas mismas almas refrescadas por su rocío divino. Así me parecía que aplacaba su sed. Y cuanto más le deba de beber, más crecía la sed de mi pobre alma, y esta sed ardiente que él me daba era la bebida más deliciosa de su amor..."

### **Al pasar junto a mí, Jesús vio que yo estaba ya en la edad del amor**

Teresita estaba en la edad más peligrosa para las chicas y dice que Dios hizo con ella lo que cuenta Ezequiel en sus profecías, lo que hace Teresa es tomar la cita de Ezequiel de san Juan de la Cruz (Cántico Espiritual, canc. 23, 6). Teresita, a pesar de su pudor, nunca vacila en expresar con toda su fuerza el sentimiento amoroso, sea humano sea divino, y así expone: "Al pasar junto a mí, Jesús vio que yo estaba ya en la edad del amor. Hizo alianza conmigo, y fui suya... Extendió su manto sobre mí, me lavó con perfumes preciosos, me vistió de bordados y me adornó con collares y con joyas sin precio... Me alimentó con flor de harina, miel y aceite en abundancia... Me hice cada vez más hermosa a sus ojos y llegué a ser como una reina..." Piensa Teresita: "Sí, Jesús hizo todo eso conmigo. Podría repetir esas palabras que acabo de escribir y demostrar que todas ellas, una por una, se han realzado en mí; pero las gracias que he referido más arriba son ya prueba suficiente de ello. Sólo voy a hablar del alimento que me dio *en abundancia*".

Desde hacía mucho tiempo ella venía alimentándose con «la flor de harina» contenida en la Imitación. Ese era el único libro que le ayudaba, pues no había descubierto todavía los tesoros escondidos en el Evangelio. Se sabía de memoria casi todos los capítulos y no le abandonaban nunca; en verano lo llevaba en el bolsillo, y en invierno en el manguito, era

ya una costumbre. A sus 14 años, con sus deseos de saber, Dios pensó que era necesario añadir a «la flor de harina miel y aceite en abundancia». Y viendo que las recompensas eternas no guardaban la menor proporción con los insignificantes sacrificios de la vida, quería amar, amar apasionadamente a Jesús y darle mil muestras de amor mientras pudiese.

### **Hermanas del alma**

Celina se había convertido en la confidente íntima de sus pensamientos. Teresita dice que: “Jesús, que quería hacernos progresar juntas, formó en nuestros corazones unos lazos más fuertes que los de la sangre. Nos hizo hermanas del alma. Se hicieron realidad en nosotras las palabras del Cántico Espiritual de san Juan de la Cruz (Cántico Espiritual, canción 25, cuando la esposa exclama, hablando al Esposo): «A zaga de tu huella, las jóvenes discurren al camino, al toque de [48r<sup>o</sup>] centella, al adobado vino, emisiones de bálsamo divino»”.

Dice Teresita: “Sí, seguíamos muy ligeras las huellas de Jesús. Las centellas de amor que él sembraba a manos llenas en nuestras almas y el vino fuerte y delicioso que nos daba a beber hacían desaparecer de nuestra vista las cosas pasajeras, y de nuestros labios brotaban emisiones de amor inspiradas por él”. Piensa Teresita: “No sé si me equivoco, pero creo que la expansión de nuestras almas se parecía a la de santa Mónica y su hijo, cuando en el puerto de Ostia caían los dos sumidos en éxtasis a la vista de las maravillas del creador.

“Me parece que recibíamos gracias de un orden tan elevado como las concedidas a los grandes santos. Como dice la Imitación, a veces Dios se comunica en medio de un fuerte resplandor, a veces «tenuemente velado, bajo sombras y figuras»(Imitación). De esta manera se dignaba manifestarse a nuestras almas, ¡pero qué fino y transparente era el velo que ocultaba a Jesús de nuestras miradas...!”

La práctica de la virtud se les hizo dulce y natural. Ya lo dijo Jesús: «Al [48v<sup>o</sup>] que tiene se le dará, y tendrá de sobra». Por una gracia acogida con fidelidad, le otorgaba cantidad de gracias nuevas. Se entregaba a su en la sagrada comunión con mucha más frecuencia de la que ella se hubiera atrevido a esperar. Jesús, que veía sus deseos y la rectitud de su corazón, permitió que su confesor le dijese que durante el mes de mayo comulgase cuatro

veces por semana. Le parecía como si Jesús mismo quisiera entregársele.

El camino por el que iba era tan recto y luminoso, que no necesitaba más guía que a Jesús. Comparaba a los directores a espejos fieles que reflejaban a Jesús en las almas, y decía que en su caso Dios no se servía de intermediarios, sino que actuaba directamente él.

### **Deseos de entrar en el Carmelo**

Prodigaba Jesús sus gracias a su florecita. El, que en los días de su vida mortal exclamó en un transporte de alegría: « Te doy gracias, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos, y las has revelado a la gente sencilla», quería hacer resplandecer en ella su misericordia. Teresita decía: “porque yo era débil y pequeña, se abajaba hasta mí y me instruía en secreto en las cosas de su amor”.

Si los sabios le hubiesen venido a preguntarle, se hubieran quedado asombrados al ver a una niña de catorce años comprender los secretos de la perfección, unos secretos que toda su ciencia no puede descubrirles a ellos porque para poseerlos es necesario ser pobres de espíritu. Como dice san Juan de la Cruz en su Cántico:

«Sin otra luz ni guía  
sino la que en el corazón ardía.  
Aquesta me guiaba  
más cierto que la luz del mediodía adonde me esperaba  
quien yo bien me sabía». (Noche oscura, canción. 3 y 4).

Ese lugar era el Carmelo. Pero antes de sentarse a la sombra de Aquel a quien deseaba, tenía que pasar por muchas pruebas. Pero la llamada divina era tan apremiante, que si hubiera tenido que pasar entre llamas, lo habría hecho por ser fiel a Jesús.

En fin, que si no hubiese tenido verdadera vocación, se hubiera vuelto atrás desde el primer momento, pues en cuanto empezó a responder a la llamada de Jesús se encontró con obstáculos. No obstante, sentía que Jesús la llamaba y antes que su hermana Celina, tenían la misma vocación, pero le tocaba a ella partir antes. Jesús la tenía destinada como

privilegiada de su amor.

### **Confidencia a su papá**

Lo que no sabía era qué medio emplear para decírselo a su papá... ¿Cómo hablarle de separarse de su reina, a él que acababa de sacrificar a sus tres hijas mayores María, Paulina y Leonia que acababa de comunicar su deseo de entrar en la Visitación.? Sin embargo, tenía que decidirse.

Teresita iba cumplir catorce años y medio, y sólo seis meses les separaban de la hermosa noche de Navidad, en que había decidido ingresar a la misma hora en que el año anterior había recibido «su gracia». Escogió el día de Pentecostés para hacerle a papá su gran confidencia, un 29 de mayo. Recuerda Teresita: “Todo el día estuve suplicando a los santos apóstoles que intercedieran por mí y que me inspiraran ellos las palabras que habría de decir... ¿No eran ellos, en efecto, quienes tenían que ayudar a aquella niña tímida que Dios tenía destinada a ser apóstol de apóstoles por medio de la oración y el sacrificio...?”

Hasta que una tarde al volver de Vísperas, encontró la ocasión de hablar a su papaíto querido viendo que la paz inundaba su corazón. Sin decir una sola palabra, fue a sentarse a su lado, con los ojos bañados ya en lágrimas. A través de las lágrimas, le confió su deseo de entrar en el Carmelo, y entonces sus lágrimas se mezclaron con las suyas; pero no dijo ni una palabra para hacerle desistir de su vocación. Simplemente, el papá, se contentó con hacerle notar que era todavía muy joven para tomar una decisión tan importante. Pero defendió tan bien su causa, que su papá, con su modo de ser sencillo y recto, quedó pronto convencido de que su deseo era el de Dios; y con su fe profunda, le dijo que Dios le hacía un gran honor al pedirle así a sus hijas. Acercándose a un muro poco elevado, le mostró unas florecillas blancas, parecidas a lirios en miniatura y tomando una de aquellas flores, se la dio, explicándole con cuánto esmero Dios la había hecho nacer y la había conservado hasta aquel día. Al oírle hablar, le parecía estar escuchando su propia historia, tanta semejanza había entre lo que Jesús había hecho con aquella florecilla y con Teresita. Recibió Teresita aquella flor como una reliquia, y puso su florecita blanca en su libro de la Imitación, en el capítulo titulado: «Del amor a Jesús sobre todas las cosas».



## **Confidencia a su tío**

Luego fue Teresita a comunicarle a su tío y él le respondió que era un atentado a la prudencia humana dejar entrar en el Carmelo a una niña de 15 años. Hasta llegó a decirle que para decidirse a dejarle partir haría falta un milagro. Su único consuelo era la oración. Suplicaba a Jesús que hiciese el milagro que exigía su tío, ya que sólo a ese precio podría yo responder a su llamada.

Pasó bastante tiempo. En realidad 15 días, y se atrevió a volver a hablarle a su tío, pero sucedió que antes de hacer brillar en su alma un rayo de esperanza, Dios quiso que pasara una situación sumamente dolorosa, que duró tres días. Dura tuvo que ser esa prueba para que Teresa multiplique de ese modo las imágenes: noche negra, sin tan siquiera un relámpago, como si fuera un presentimiento de la prueba de la fe de los últimos años. Recuerda Teresita: “Nunca como en aquella prueba comprendí de bien el dolor de la Santísima Virgen y de san José mientras buscaban al divino Niño Jesús... Me encontraba en un triste desierto, o, mejor, mi alma parecía una frágil barca, abandonado sin piloto a merced de las olas tempestuosas...Lo sé, Jesús estaba allí, dormido en mi barquilla; pero la noche era tan negra, que me era imposible verle. Ni una luz. Ni siquiera un relámpago que viniese a surcar las sombrías nubes... Es cierto que es muy triste el resplandor de los relámpagos; pero, al menos, si la tormenta hubiese estallado abiertamente, habría podido ver por un momento a Jesús... Pero era la noche, la noche profunda del alma... Y como Jesús en el huerto de la agonía, me sentía sola, sin encontrar consuelo alguno ni en la tierra ni en el cielo. ¡¡¡Como si el mismo Dios me hubiese abandonado...!!!”

Por fin, al cuarto día, que era sábado, día dedicado a la dulce Reina del cielo, fue a ver a su tío. ¡Y cuál no sería su sorpresa que le dijo que no hacía falta pedir un milagro: que él sólo había pedido a Dios que le diera «una simple inclinación del corazón», y que había sido escuchado. Sin hacer la menor alusión a la «prudencia humana», le dijo que ella era una florecita que Dios quería cortar, y que él no seguiría oponiéndose a ello. Esta respuesta definitiva era realmente digna de él.

También en su alma había cesado la noche. Jesús, despertándose, le había devuelto la alegría, el ruido de las olas se había calmado.

### **Oposición del superior, viaje a Bayeux.**

Pero faltaba un nuevo obstáculo que superar, el Superior no permitía que entrara antes de los 21 años, Teresita no había pensado en esta oposición, la más invencible de todas. Sin embargo, sin desanimarse, ella misma fue con su papá y con Celina a verle para intentar conmovérselo haciéndole ver que tenía verdadera vocación de carmelita, pero él añadió que él no era más que el delegado de Monseñor, y que si éste quería permitirle entrar en el Carmelo, él no tendría nada que decir.

Su padre le prometió llevarle a Bayeux para hablar con Monseñor, y Teresita estaba decidida a conseguir su propósito. Llegó incluso a decir que iría hasta el Santo Padre, si Monseñor no quería permitirle entrar en el Carmelo a los 15 años.

Teresita mientras crecía en el amor de Dios. Sentía en su corazón unos ímpetus que hasta entonces no conocía. A veces tenía verdaderos trasportes de amor. Una noche, no sabiendo cómo decirle a Jesús que le amaba y cómo deseaba que fuese amado y glorificado en todas partes, pensó con dolor que él nunca podría recibir en el infierno un solo acto de amor; y entonces le dijo a Dios que, por agradarle, aceptaría gustosa verse sumergida allí, a fin de que fuese amado eternamente en ese lugar de blasfemias. Ella sabía bien que eso no podía glorificarle, porque él sólo desea nuestra felicidad. Pero cuando se [52vº] ama, se siente necesidad de decir mil locuras, en aquel entonces su único cielo era el amor, y sentía, como san Pablo, que nada podría apartarle del objeto divino que le había hechizado.

El 31 de octubre fue el día fijado para su viaje a Bayeux. Partió sola con su papá, con el corazón henchido de esperanza, pero también muy emocionada al pensar que iba a presentarle al obispo Mons Hugonin, obispo de Bayeux desde hacía veinte años y tenía que explicar por sí misma el motivo de su visita y exponer las razones que le movían a solicitar la entrada en el Carmelo. En una palabra, iba a tener que demostrar la solidez de su vocación. Y realmente sólo el amor de Jesús podía hacerle vencer aquellas dificultades y las que vendrían más tarde, pues quiso hacerle comprar su vocación a costa de pruebas muy grandes.

Después de algunos inconvenientes para entrevistarse con el Obispo, entraron al

despacho de Su Excelencia. Teresita esperaba que hablase su papá, pero le dijo que explicara ella misma a Monseñor el motivo de la visita. Lo hizo lo más elocuentemente que pudo. Pero Su Excelencia, acostumbrado a la elocuencia, no pareció conmoverse mayormente por sus razones. Una sola palabra del Superior le hubiera valido mucho más que todas ellas, pero lamentablemente no la tenía y su oposición no abogaba precisamente en su favor.

Monseñor le preguntó si hacía mucho tiempo que deseaba entrar en el Carmelo. -«Sí, Monseñor, muchísimo tiempo...» respondió y que deseaba ser religiosa desde que tenía uso de razón, y deseó el Carmelo desde que lo conoció, porque le parecía que en esta Orden se verían satisfechas todas las aspiraciones de su alma. Sin embargo, todo fue inútil, pues dijo que antes de tomar una decisión, era indispensable tener una entrevista con el Superior del Carmelo. Añadió que, a la semana siguiente, tenía que ir a Lisieux y que le hablaría de ella al párroco de Santiago, y que no dudase que desde Italia recibiría su respuesta. El Sr. Révérony, ayudante del Obispo quiso acompañarlos hasta la puerta del jardín del obispado, y dijo a su papá que nunca se había visto una cosa así: «¡Un padre tan deseoso de entregar a Dios su hija como ésta de ofrecerse a él!» Él le había dicho también a Monseñor que si él no le daba permiso para entrar en el Carmelo, pediría esta gracia al Sumo Pontífice.

En cuanto llegaron de regreso a Lisieux, fue buscar consuelo en el Carmelo, y lo encontró al lado de la Madre querida. Comenta Teresita: “¡No!, nunca olvidaré todo lo que tú sufriste por mi causa. Si no temiera profanarlas sirviéndome de ellas, podría repetir las palabras que Jesús dirigió a los apóstoles la noche de su Pasión: Tú has permanecido siempre conmigo en mis pruebas”.

## **CAPÍTULO VI EL VIAJE A ROMA (1887)**

### **Peregrinación al Vaticano**

Tres días después del viaje a Bayeux, Teresita junto a su padre y su hermana Celina participarían de una peregrinación desde el 7 de noviembre al 2 de diciembre de 1887 organizada por la diócesis de Coutances con ocasión de las bodas de plata sacerdotales

de León XIII y como «testimonio de fe» frente a las «expoliaciones anticlericales» (en Italia). La diócesis de Bayeux se había asociado a ella, y el Sr. Révérony iba representando a Mons. Hugonin.

Una de las experiencias de este viaje se refiere a los sacerdotes. Como nunca había vivido en su intimidad, no podía comprender el fin principal de la reforma del Carmelo. Orar por los pecadores le encantaba; ¡pero orar por las almas de los sacerdotes, que ella creía más puras que el cristal, le parecía muy extraño...! En efecto, durante un mes convivió con muchos sacerdotes santos, y pudo ver que si su sublime dignidad los eleva por encima de los ángeles, no por eso dejan de ser hombres débiles y frágiles...Comenta Teresita: “Si los sacerdotes santos, a los que Jesús llama en el Evangelio sal de la tierra, muestran en su conducta que tienen una enorme necesidad de que se rece por ellos, ¿qué habrá que decir de los que son tibios? ¿No ha dicho también Jesús: Si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán?” Es así como Teresita sentía que la vocación que tiene como objeto conservar la sal destinada a las almas! Y ésta es la vocación del Carmelo, pues el único fin de nuestras oraciones y de nuestros sacrificios es ser apóstoles de apóstoles, rezando por ellos mientras ellos evangelizan a las almas con su palabra, y sobre todo con su ejemplo.

La Peregrinación hace su primera escala en París y Teresita se maravilló encontrarse con «Nuestra Señora de las Victorias». Las gracias que le concedió le emocionaron tan profundamente, que sólo sus lágrimas traducían su felicidad, como en el día de su primera comunión. La Santísima Virgen le hizo sentir que había sido realmente ella quien le había sonreído y curado. Comprendió que velaba por ella y que era su hija; y que, entonces, ella no podía darle ya [57r<sup>o</sup>] otro nombre que el de «mamá», que le parecía mucho más tierno que el de Madre... Luego, al crecer comprendió que sólo en el Carmelo podría encontrar de verdad el manto de la Santísima Virgen, y hacia esa fértil montaña volaban todos sus deseos. Suplico también a Nuestra Señora de las Victorias que alejase de ella todo lo que pudiese empañar su pureza. Rogó también a san José que velase por ella. Todos los días le rezaba la oración: «San José, padre y protector de las vírgenes».

Antes de llegar a Roma, el viaje continuo por Suiza, con escalas en Milán, Venecia, Bolonia y Loreto, en cada ciudad se detenían a recorrer y admirara los templos, palacios y sitios santos, es así como desde Venecia se dirigieron a Padua, donde veneraron la lengua de

san Antonio. Y de allí a Bolonia, donde vieron el cuerpo de santa Catalina, que conserva la huella del beso del Niño Jesús. Muchos son los detalles interesantes que podría dar sobre cada ciudad y sobre las mil peripecias de este, pero sería para nunca acabar, por lo que relataremos solo la visita al Vaticano.

### **Audiencia con León XIII**

Después de seis días que pasaron visitando las principales maravillas de Roma, y el séptimo vino la mayor de todas: «León XIII...» Era para Teresita un día muy deseado, de él dependía su vocación, pues la respuesta que debía recibir de Monseñor no había llegado y había sabido y por una carta de la Madre querida, se había enterado que ya no estaba muy bien dispuesto en su favor. Así que su única tabla de salvación era el permiso del Santo Padre. Pero para obtenerlo, había que pedirlo. Tenía que atreverse a hablar «al Papa» delante de todo el mundo. Y simplemente el pensarlo le hacía temblar. Pensaba Teresita, “Sólo Dios sabe, y mi querida Celina, lo que sufrí antes de la audiencia. Nunca olvidaré cómo me acompañó ella en todas mis pruebas; parecía como si mi vocación fuese la suya”.

El domingo 20 de noviembre, vestidas según la etiqueta del Vaticano (es decir, de negro, y con mantilla de encaje por tocado) y adornadas con una gran medalla de León XIII que colgaba de una cinta azul y blanca, hicieron su entrada en el Vaticano, en la capilla del Sumo Pontífice.

Así lo recuerda Teresita: “A las 8, nuestra emoción fue muy profunda al verle entrar para celebrar la santa Misa. Tras bendecir a los numerosos peregrinos congregados a su alrededor, subió las gradas del altar y nos demostró con su piedad, digna del Vicario de Jesús, que era verdaderamente «el Santo Padre». Cuando Jesús bajó a las manos de su Pontífice, mi corazón latió con fuerza y mi oración se hizo ardiente. Sin embargo, la confianza llenaba mi corazón. El Evangelio de ese día contenía estas palabras: No temas, pequeño rebaño, porque mi Padre ha tenido a bien daros su reino”.

“No, no temía. Esperaba que muy pronto sería mío el reino del Carmelo. No pensaba entonces en aquellas otras palabras de Jesús: «Yo os transmito el reino como me lo transmitió mi Padre a mí». Es decir, te reservo cruces y tribulaciones; así te harás digna de

poseer ese reino por el que suspiras. Si fue necesario que Cristo sufriera, para entrar así en su gloria, si tú quieres tener un sitio a su lado, ¡tendrás que beber el cáliz que él mismo bebió...! Ese cáliz me lo presentó el Santo Padre, y mis lágrimas fueron a mezclarse con la amarga bebida que se me ofrecía”.

Después de la misa de acción de gracias que siguió a la de Su Santidad, comenzó la audiencia.

León XIII estaba sentado en un gran sillón. Vestía simplemente [63r<sup>o</sup>] una sotana blanca y una capa corta del mismo color, y en la cabeza no llevaba más que un pequeño solideo. A su lado estaban, de pie, varios cardenales, arzobispos y obispos, pero su atención estaba centrada en el Santo Padre.

Iban desfilando procesionalmente ante él. Cada peregrino, cuando le llegaba su turno, se arrodillaba, besaba el pie y la mano de León XIII, recibía su bendición y dos guardias nobles le tocaban, por ceremonia, indicándole así que debía levantarse.

Teresita no había hecho un viaje tan largo para dar marcha atrás en el último momento (cf Cta 32), tanto más cuanto que todo el Carmelo la animaba. Así lo comenta Teresita: “Antes de entrar en el salón pontificio, yo estaba completamente decidida a hablar; pero sentí que mi valor flaqueaba cuando vi a la derecha del Santo Padre ¡al «Señor Révérony...! Casi en aquel mismo instante nos dijeron de su parte que prohibía hablar a León XIII, pues la audiencia se estaba prolongando demasiado...Yo me volví hacia mi Celina querida para conocer su opinión. «¡Habla!», me dijo. Un momento después estaba yo a los pies del Santo Padre. Después de besarle la sandalia, me presentó la mano; pero en lugar de besársela, junté las mías y elevando hacia su rostro mis ojos bañados en lágrimas, exclamé: “¡Santísimo Padre, tengo que pedir os una gracia muy grande...!”

“Entonces el Sumo Pontífice inclinó hacia mí su cabeza, de manera que mi rostro casi tocaba el suyo, y vi sus ojos negros y profundos que se fijaban en mí y parecían querer penetrarme hasta el fondo del alma. “¡Santísimo Padre, en honor de vuestras bodas de oro, permitidme entrar en el Carmelo a los 15 años...!”

Sin duda, la emoción hacía temblar su voz. Por lo que el Santo Padre, volviéndose hacia el Sr. Révérony, que le miraba asombrado y disgustado, le dijo: «No comprendo bien».

«Santísimo Padre (respondió el Vicario General), se trata de una niña que desea entrar en el Carmelo a los 15 años; pero los superiores están en estos momentos estudiando la cuestión».

Recuerda Teresita: «Bueno, hija mía, respondió el Santo Padre mirándome bondadosamente, haz lo que te digan los superiores»: Entonces, apoyando mis manos [63vº] en sus rodillas, hice un último intento y le dije con voz suplicante: ¡Sí, Santísimo Padre! Pero si usted dijese que sí, todo el mundo estaría de acuerdo!. Me miró fijamente y pronunció estas palabras, recalcando cada sílaba: «Vamos... vamos... Entrarás si Dios lo quiere...» (Y su acento tenía un no sé qué de tan penetrante y convincente, que aún me parece estar oyéndole”.

Animada por la bondad del Santo Padre, quiso seguir hablando, pero cortésmente se lo impidieron. Mientras la quitaban de en medio el Santo Padre acercó su mano a sus labios y después la levantó para bendecirle. Entonces los ojos se le llenaron de lágrimas. Dos guardias nobles le llevaron en volandas, por así decirlo, hasta la puerta, donde un tercero le dio una medalla de León XIII.

En el fondo del corazón Teresita sentía una gran paz, puesto que había hecho absolutamente todo lo que estaba en sus manos para responder a lo que Dios pedía de ella. Pero esa paz estaba en el fondo, mientras la amargura inundaba su alma, pues Jesús callaba. Parecía estar ausente, nada le revelaba su presencia... El silencio de Jesús es una de las angustias de Teresa. Cf Ms C 9vº y Ms A 51rº. Pero reacciona valerosamente (Cta 111); toda su vida es como una preparación para la prueba de la fe.

### **Todo había terminado.**

El viaje no tenía ya el menor atractivo para ella, pues su objetivo había fracasado, sin embargo, las últimas palabras del Santo Padre deberían haberla consolado: ¿no eran, en realidad, una verdadera profecía? A pesar de todos los obstáculos, se realizó lo que Dios quiso. No permitió a las criaturas hacer lo que ellas querían, sino lo que quería él.

Visitando Nápoles, Asís, regreso a Francia. Llevaba el alma sumida en la tristeza. Sin embargo, exteriormente era la misma, pues creía que nadie conocía la petición que había hecho al Santo Padre. Pronto se convenció de lo contrario. Habiéndome quedado sola con

Celina en el vagón (los demás peregrinos habían bajado a la cantina de la estación, aprovechando unos pocos minutos de parada), vio que el Sr. Legoux, Vicario General de Coutances, abría la puerta y mirándole le decía sonriendo: «¿Cómo está nuestra pequeña carmelita...?» Entonces comprendió que toda la peregrinación conocía su secreto. Pero nada pudo evitar que su regreso fuese mucho menos placentero que la ida, pues ya no tenía la esperanza «del Santo Padre». No encontraba ayuda alguna en la tierra, que le parecía un desierto agostado y sin agua. Sólo en Dios tenía puesta toda mi esperanza». Acababa de conocer por experiencia que vale más recurrir a él que a sus santos.

### **Tres meses de espera**

Sin embargo su confianza era tan grande, que no perdió la esperanza de que le permitieran entrar en el Carmelo el 25 de diciembre.

Apenas llegaron a Lisieux, su primera visita fue para el Carmelo y se abandonó con entera confianza. Había hecho todo lo que dependía de sí, todo, hasta hablarle al Santo Padre; por lo que ya no sabía qué más tenía que hacer, no obstante le escribió una carta a Monseñor, recordándole su promesa. Plenamente convencida de que la respuesta no se haría esperar, todas las mañanas iba a correos con su papá después de misa, pensando encontrar allí el permiso para echarse a volar; pero cada mañana le traía una nueva decepción, que sin embargo no hacía vacilar su fe.

Pedía a Jesús que rompiera sus ataduras. Y las rompió, pero de una forma totalmente diferente a como ella esperaba...

Llegó la fiesta de Navidad, al ir a la Misa de Gallo llevaba roto el corazón. ¡Tenía tantas esperanzas de asistir a ella tras las rejas del Carmelo...! Esta prueba fue muy dura para su fe. Pero Aquel cuyo corazón vela mientras él duerme le hizo comprender que él obra auténticos milagros y cambia las montañas de lugar en favor de quienes tienen una fe como un grano de mostaza, pero que con sus íntimos, con su Madre, él no hace milagros hasta haber probado su fe.

El primer día del año 1888, Jesús le hizo una vez más el regalo de su cruz. Pero esta vez la llevó sola, pues fue tanto más dolorosa cuanto menos la comprendía. Una carta de Paulina le comunicaba que la respuesta de Monseñor había llegado el 28, fiesta de los



Santos Inocentes, pero que no se lo había hecho saber porque se había decidido que su entrada no tuviera lugar hasta después de la cuaresma. Al pensar en una espera tan larga, no pudo contener las lágrimas, esta prueba, aunque no lo pareciese, fue muy grande y le ayudó a crecer mucho en el abandono y en las demás virtudes.

## **CAPÍTULO VII, PRIMEROS AÑOS EN EL CARMELO (1888-1890)**

### **La entrada al Carmelo**

El lunes 9 de abril, día en que el Carmelo celebraba la fiesta de la Anunciación fue el día elegido para la entrada al Carmelo. En la mañana de ese gran día, tras echar una última mirada a los Buissonnets, nido cálido de su niñez, ya no volvería a ver, y partió del brazo de su querido rey para subir a la montaña del Carmelo. Por fin, sus deseos se veían cumplidos. Recuerda Teresita que su alma sentía una paz tan dulce y profunda, que no acertaba a [69vº] describirla. Y desde hace siete años y medio esta paz íntima le ha acompañado siempre, y no le ha abandonado ni siquiera en medio de las mayores tribulaciones. Todo le parecía maravilloso. Se creía transportada a un desierto. Pero la alegría que sentía era una alegría serena. Ni el más ligero viento hacía ondular las tranquilas aguas sobre las que navegaba su barquilla, ni una sola nube oscurecía el cielo azul... Escribió Teresita: "Sí, me sentía plenamente compensada de todas mis pruebas... ¡Con qué alegría tan honda repetía estas palabras: «Estoy aquí, para siempre, para siempre...!»! Aquella dicha no era efímera, no se desvanecería con las ilusiones de los primeros días. Y añade Teresita: "¡Las ilusiones! Dios me concedió la gracia de no llevar ninguna al entrar en el Carmelo. Encontré la vida religiosa tal como me la había imaginado. Ningún sacrificio me extrañó"...precedió a mi profesión, declaré lo que venía a hacer en el Carmelo: «He venido para salvar almas, y, sobre todo, para orar por los sacerdotes». Y más adelante agrega: "Jesús me hizo comprender que las almas querían dárme las por medio de la cruz; y mi anhelo de sufrir creció a medida que aumentaba el sufrimiento".

Dos meses después de su entrada fue al Carmelo el P. Pichon e hizo una confesión general, como nunca la había hecho. Al terminar, el Padre le dijo estas palabras, las más consoladoras que jamás hayan resonado en los oídos de su alma: «En presencia de Dios,

de la Santísima Virgen y de todos los santos, declaro que nunca has cometido ni un solo pecado mortal». Y luego añadió: Da gracias a Dios por todo lo que hace por ti, pues, si te abandonase, en vez de ser un pequeño ángel, serías un pequeño demonio. A Teresita no le costó nada creerlo, sabía lo débil e imperfecta que era. Pero la gratitud embargaba su alma. Tenía tanto miedo de haber empañado la vestidura de su bautismo, que una garantía como aquella, salida de la boca de un director espiritual como los quería santa Teresa de Jesús Camino de perfección, VI. -es decir, que uniesen la ciencia y la virtud y eso le parecía como salida de la misma boca de Jesús. Finalmente el Padre le dijo también estas palabras que se le grabaron dulcemente en el corazón: «Hija mía, que Nuestro Señor sea siempre tu superior y tu maestra de novicias». Una Madre ya mayor intuyó un día lo que algo le pasaba y le dijo, sonriendo, en la recreación: -«Hijita, me parece que tú no debes de tener gran cosa que decir a las superiores». «¿Por qué dice eso, Madre...?» -«Porque tu alma es extremadamente sencilla ; y cuando seas perfecta, serás más sencilla todavía, pues cuanto uno más se acerca a Dios, más se simplifica». Aquella anciana Madre tenía razón. No obstante, la dificultad que tenía para abrir su alma, aun cuando proviniese de su sencillez, era un auténtico problema para ella, pero pudo reconocer sin dejar de ser sencilla, [71r<sup>o</sup>] expreso con gran facilidad lo que pensaba.

Con todo, exclama Teresita: “He dicho que Jesús había sido «mi director espiritual»...”él fue quien me instruyó en esa ciencia escondida a los sabios y a los prudentes, que él quiere revelar a los más pequeños.”

### **La Santa Faz**

La florecita trasplantada a la montaña del Carmelo tenía que abrirse a la sombra de la cruz; las lágrimas y la sangre de Jesús fueron su rocío, y su Faz adorable velada por el llanto fue su sol. Hasta entonces todavía no había ella sondeado la profundidad de los tesoros escondidos en la Santa Faz, devoción muy cultivada en el seno de la familia Martin después de las revelaciones que hizo Nuestro Señor a sor María de San Pedro, del Carmelo de Tours, en el siglo XIX. Teresa profundizó la meditación sobre la misma de forma muy personal, con la ayuda de Isaías, principalmente durante la enfermedad de su padre. El día de su toma de hábito (10/1/1889), firma por primera vez: Sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz (Cta 80).

Fue un minuto que comprendió en qué consistía la verdadera gloria. Aquel cuyo reino no es de este mundo le hizo ver que la verdadera sabiduría consiste en «querer ser ignorada y tenida en nada», en «cifrar la propia alegría en el desprecio de sí mismo» (Citas de la Imitación) Dice Teresita: “Sí, yo quería que «mi rostro», como el de Jesús, «estuviera verdaderamente escondido, y que nadie en la tierra me reconociese». Tenía sed de sufrir y de ser olvidada...” “¡Qué misericordioso es el camino por donde me ha llevado siempre Dios! Nunca me ha hecho desear algo que luego no me haya concedido. Por eso, su cáliz amargo siempre me ha parecido delicioso”.

### **Toma de hábito**

Entretanto, había llegado la fecha de su toma de hábito. Fue aprobada por el capítulo conventual. La postulante salía de la clausura vestida de novia y asistía a la ceremonia exterior rodeada de su familia. La espera había sido larga y así recuerda Teresita: “¡qué hermosa fue la fiesta...! No faltó nada, nada, ni siquiera la nieve”. Teresita amaba la nieve, cuando aún era muy pequeña, le fascinaba su blancura. Uno de sus mayores deleites era pasearse bajo los copos de nieve. ¿De dónde le venía esta afición a la nieve...? Tal vez de que, siendo yo una florecita invernal, el primer ropaje con que sus ojos de niña vieron adornada a la naturaleza debió ser su manto blanco. Lo cierto es que siempre había deseado que, el día de su toma de hábito, la naturaleza estuviese vestida de blanco como ella.

¿No debía ser completa aquella fiesta, si en ella se resumían todas las demás...? Después de abrazar por última vez a su rey querido, volvió a entrar en la clausura. Recuerda Teresita: “Lo primero que vi en el claustro fue a «mi Niño Jesús color rosa (Una estatua del Niño Jesús pintada de color rosa, que Teresa fue la encargada de adornar hasta su muerte). sonriéndome en medio de flores y de luces. Inmediatamente después mi mirada se posó sobre los copos de nieve...¡El patio estaba blanco, como yo!”

¡Qué delicadeza la de Jesús! En atención a los deseos de su prometida, le regalaba nieve... ¡Nieve! Lo cierto es que la nieve de su toma de hábito les pareció un pequeño milagro.

Monseñor entró en clausura después de la ceremonia, y estuvo con ella muy paternal. Creo que estaba orgullosa de que lo hubiera conseguido, y decía a todo el mundo que yo era

«su hijita».

Así transcurrió el tiempo de sus esponsales..., ¡que se le hizo muy largo a la pobre Teresita! Al terminar su año de noviciado, la Madre le dijo que ni soñara en pedir la profesión, pues con toda seguridad el superior rechazaría su petición. Tuvo que esperar ocho meses más. En un primer momento se le hizo muy difícil aceptar ese gran sacrificio; pero pronto se hizo la luz en su alma. Un día, durante la oración, comprendió que su deseo tan intenso de hacer la profesión iba mezclado con un gran amor propio. Si le había entregado a Jesús para agradecerle y consolarle, [74rº] no debía obligarle a hacer su voluntad en lugar de la suya. Y entonces le dijo a Jesús: “Dios mío, no te pido pronunciar los santos votos, esperaré todo el tiempo que quieras. Lo único que deseo es que mi unión contigo no se vea diferida por mi culpa. Por eso, voy a poner todo mi empeño en prepararme un hermoso vestido recamado de piedras preciosas. Cuando tú creas que ya está lo suficientemente rico y adornado, estoy segura de que ni todas las criaturas juntas podrán impedirte bajar hasta mí para unirme a ti para siempre, Amado mío”.

Entretanto, la Santísima Virgen le ayudaba a preparar el vestido de su alma; y en cuanto ese vestido estuvo terminado, los obstáculos desaparecieron solos. Monseñor le envió el permiso que había solicitado, la comunidad le aprobó, y se fijó la profesión para el 8 de septiembre.

## **CAPÍTULO VIII. DESDE LA PROFESIÓN HASTA LA OFRENDA AL AMOR (1890-1895)**

### **Ejercicios espirituales**

Teresita habla ahora de los ejercicios espirituales que precedieron a su profesión. Esos ejercicios, no sólo no le proporcionaron ningún consuelo, sino que en ellos la aridez más absoluta y casi casi el abandono fueron sus compañeros. Jesús dormía, como siempre, en su navecilla. Comenta Teresita: “¡Qué pena!, tengo la impresión de que las almas pocas veces le dejan dormir tranquilamente dentro de ellas. Jesús está ya tan cansado de ser él quien corra con los gastos y de pagar por adelantado, que se apresura a aprovecharse del

descanso que yo le ofrezco. No se despertará, seguramente, hasta mi gran retiro de la eternidad; pero esto, en lugar de afligirme, me produce una enorme alegría”.

Teresita siente que verdaderamente está lejos de ser santa, y nada lo prueba mejor que lo que acaba de decir. En vez de alegrarse de su sequedad, debería atribuirla a su falta de fervor y de fidelidad.

Sus ejercicios para la profesión fueron, pues, como todos los que vinieron después, unos ejercicios de gran aridez.

Dice Teresita que ha observado muchas veces que Jesús no quiere que haga provisiones. “Me alimenta momento a momento con un alimento totalmente nuevo, que encuentro en mí sin saber de dónde viene. Creo simplemente que Jesús mismo, escondido en el fondo de mi pobre corazón, es quien me concede la gracia de actuar en mí y quien me hace descubrir lo que él quiere que haga en cada momento”.

### **El hermoso día de sus bodas**

Por fin, llegó el hermoso día de sus bodas, el lunes 8 de septiembre de 1890. La víspera, se levantó en su alma la mayor tormenta que había conocido en toda su vida. Nunca hasta entonces le había venido al pensamiento una sola duda acerca de su vocación. Pero tenía que pasar por esa prueba. Por la noche, al hacer el Viacrucis después de Maitines, se le metió en su cabeza que su vocación era un sueño, una quimera. La vida del Carmelo le parecía muy hermosa, pero el demonio le insuflaba la convicción de que no estaba hecha para ella, de que engañaba a los superiores empeñándose en seguir un camino al que no estaba llamada. Pensaba que tenía vocación.

Escribe Teresita: “¿Cómo describir la angustia de mi alma...? Me parecía (pensamiento absurdo, que demuestra a las claras que esa tentación venía del demonio) que si comunicaba mis temores a la maestra de novicias, ésta no me dejaría pronunciar los votos. Sin embargo, prefería cumplir la voluntad de Dios, volviendo al mundo, a quedarme en el Carmelo haciendo la mía”. Y sigue: “Gracias a Dios, ella vio más claro que yo y me tranquilizó por completo. Por lo demás, el acto de humildad que había hecho acababa de poner en fuga al demonio, que quizás pensaba que no me iba a atrever a confesar aquella tentación. En cuanto acabé de hablar, desaparecieron todas las dudas”.

Y añade luego: “En la mañana del 8 de septiembre, me sentí inundada por un río de paz. Y en medio de esa paz, «que supera todo sentimiento», emití los santos votos...Mi unión con Jesús no se consumó entre rayos y relámpagos -es decir, entre gracias extraordinarias-, sino al soplo de una ligera brisa parecida al que oyó en la montaña nuestro Padre san Elías...¡Cuántas gracias pedí aquel día...!”

“Me ofrecí a Jesús para que se hiciese en mí con toda perfección su voluntad, sin que las criaturas fuesen nunca obstáculo para ello...Y deposité sin tristeza mi corona a los pies de la Santísima Virgen. Estaba segura de que el tiempo no me quitaría mi felicidad...”¡Qué fiesta tan hermosa la de la Natividad de María para convertirme en esposa de Jesús! Era la Virgencita recién nacida quien presentaba su florecita al Niño Jesús.”

### **Toma de velo**

El 24 de septiembre tuvo lugar la ceremonia de la toma de velo. La profesión (8 de septiembre), ceremonia íntima dentro de la clausura, se completó (el 24) con la toma del velo negro, ceremonia pública. Aquel día Jesús permitió que no pudiese contener las lágrimas, y sintió que sus lágrimas no fueron comprendidas. De hecho, ya había soportado pruebas mucho mayores sin llorar, pero entonces le ayudaba una gracia muy poderosa; en cambio, el día 24 Jesús le abandonó a sus propias fuerzas, y demostró lo escasas que éstas eran.

### **Madre Genoveva de Santa Teresa**

Teresita comenta ahora sobre la suerte que tuvo de haber conocido a su santa madre Genoveva... Ha sido una gracia inestimable. Pues Dios, que ya le había dado tantas, quiso que viviese con una santa, no de ésas inimitables, sino una santa que se santificó por medio de virtudes ocultas y ordinarias. Cierta día la madre mirándola con aire inspirado, le dijo: «Espera, hija mía, sólo quiero decirte unas palabritas. Siempre que vienes a verme, me pides que te dé un ramillete espiritual. Bueno, pues hoy voy a darte éste: Sirve a Dios con paz y con alegría. Recuerda, hija mía, que nuestro Dios es el Dios de la paz».

Le dio las gracias con sencillez y salió emocionada hasta las lágrimas y convencida de que Dios le había revelado el estado de su alma y con alegría sintió un gran consuelo.

## **Epidemia de la gripe**

Un mes después de la partida de la santa Madre, se declaró la gripe en la comunidad. Sólo otras dos hermanas y Teresita quedaron en pie. El día en que cumplió 19 años, lo festejo con una muerte, a la que pronto siguieron otras dos. En esa época estaba sola en la sacristía y tenía que preparar los entierros, abrir las rejas del coro para la misa, etc. Dios le dio muchas gracias de fortaleza en aquellos momentos. Ahora se pregunta cómo pude hacer todo lo que hizo sin sentir miedo. La muerte reinaba por doquier. Las más enfermas eran cuidadas por las que apenas se tenían en pie. En cuanto una hermana exhalaba su último suspiro, había que dejarla sola. Era imposible imaginar el triste estado de la comunidad en aquellos días. Sólo las que quedaban de pie pueden hacerse una idea. Durante todo el tiempo que duró esta prueba de la comunidad, Teresita tuvo el inefable consuelo de recibir todos los días la sagrada comunión... Comenta Teresita; “¡Qué felicidad...! Jesús me mimó mucho tiempo, mucho más tiempo que a sus fieles esposas, pues permitió que a mí me lo dieran, cuando las demás no tenían la dicha de recibirle”.

También me sentía feliz de poder tocar los vasos sagrados y de preparar los corporales destinados a recibir a Jesús. Sabía que tenía que ser muy fervorosa y recordaba con frecuencia estas palabras dirigidas a un santo diácono: «Sé santo, tú que tocas los vasos del Señor».

## **Retiro del P. Alejo**

Al año siguiente de su profesión, es decir, dos meses antes de la muerte de la madre Genoveva, recibió grandes gracias durante los ejercicios espirituales celebrados Del 8 al 15 de octubre de 1891, dirigidos por el P. Alejo Prou, franciscano de Caen.

Normalmente, los ejercicios predicados le resultan más penosos. Pero ese año no fue así. Y sufría por aquel entonces grandes pruebas interiores de todo tipo (hasta llegar a preguntarse a veces si existía un cielo ). Pero estaba decidida a no decirle nada acerca de su estado interior, por no saber explicarse. Pero apenas entró en el confesonario, sintió que se dilataba su alma. Apenas pronunció unas pocas palabras, se sintió maravillosamente comprendida, incluso adivinada. Su alma era como un libro abierto, en el que el Padre leía mejor incluso que ella misma. Le dijo que sus faltas no desagradaban

a Dios, y que, como representante suyo, le decía de su parte que Dios estaba muy contento de ella...¡Qué feliz se sintió al escuchar esas consoladoras palabras...! Nunca había oído decir que hubiese faltas que no desagradaban a Dios. Esas palabras le llenaron de alegría y le ayudaron a soportar con paciencia el destierro de la vida... En el fondo del corazón sentía que eso era así, pues Dios es más tierno que una madre. Y Exclama Teresita: “¿No estás tú siempre dispuesta, Madre querida, a perdonarme las pequeñas indelicadezas de que te hago objeto sin querer...?”

### **Priorato de la madre Inés**

Y desde el día bendito de su elección Teresita día voló por los caminos del amor... Ese día, ¡Paulina pasó a ser su Jesús viviente... y se convirtió por segunda vez en su «mamá»...!

Fueron tres años que tuvo la dicha de contemplar las maravillas que obra Jesús por medio de su Madre querida. Vio que sólo el sufrimiento es capaz de engendrar almas, y estas sublimes palabras de Jesús se revelaron como nunca en toda su profundidad: «Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto». Y comenta Teresita: “¡Y qué cosecha tan abundante has recogido...! Has sembrado entre lágrimas, pero pronto verás el fruto de tus trabajos y volverás llena de alegría trayendo en tus manos las gavillas...Entre esas gavillas floridas, Madre mía, va oculta ahora la florecilla blanca; pero en el cielo tendrá voz para cantar tu dulzura y las virtudes que te ve practicar día tras día a la sombra y en el silencio de esta vida de destierro...Como siempre te he mirado, Madre querida, como mi ideal, deseaba parecerme a ti en todo. Al verte pintar primorosamente y componer poesías tan encantadoras, pensaba: «¡Cómo me gustaría poder pintar y saber expresar en versos mi pensamiento, y hacer así el bien a las almas...!»...Los dones que Dios me ha prodigado (sin yo pedírselos), en lugar de perjudicarme y de producirme vanidad, me llevan hacia él. Veo que sólo él es inmutable y que sólo él puede llenar mis inmensos deseos...”

### **Entrada de Celina al Carmelo**

Pero su deseo más entrañable, el mayor de todos, el que nunca pensó [82rº] que vería hecho realidad, era la entrada de su Celina querida en el mismo Carmelo. Vivir bajo el mismo techo, compartir las alegrías y las penas de la compañera de su infancia le parecía



un sueño inverosímil. Por eso, había hecho por completo el sacrificio. Había puesto en manos de Jesús el porvenir de su hermana querida y estaba dispuesta a verla partir, si era necesario, para el último rincón del mundo. Lo único que no podía aceptar era que no fuese esposa de Jesús, pues, al quererla tanto como a mí misma, se le hacía imposible verla entregar su corazón a un mortal.

Ya había sufrido mucho sabiendo que en el mundo estaba expuesta a peligros que ella no había conocido. Añade Teresita: "Puedo decir que su cariño a Celina, desde mi entrada en el Carmelo, era un amor de madre tanto como de hermana".

El P. Pichon contaba con Celina para una fundación misionera en el Canadá, y le había prohibido hablar de ello. Cuando, en agosto, desveló el proyecto en el Carmelo, se produjo un clamor general de indignación y una contraofensiva relámpago; Teresa llora hasta caer enferma, y el P. Pichon se bate en retirada («Está bien, está bien, ofrezco a mi Celina al Carmelo, a santa Teresa y a la Santísima Virgen»). El Sr. Delatroëtte acepta con una facilidad asombrosa la entrada de Celina en el Carmelo de Lisieux, y, gracias a la intercesión del señor Martin, el 14 de septiembre se reunía con sus hermanas.

¡Cuántas cosas tenía que agradecer a Jesús, que ha sabido colmar todos sus deseos...! Ahora no tenía ya ningún deseo, a no ser el de amar a Jesús con locura. Recuerda Teresita: "Mis deseos infantiles han desaparecido. Ciertamente que aún me gusta adornar con flores al altar del Niño Jesús. Pero desde que él me dio la flor que yo anhelaba, mi querida Celina, ya no deseo ninguna más: ella es [83r] el ramillete más precioso que le ofrezco...Tampoco deseo ya ni el sufrimiento ni la muerte, aunque sigo amándolos a los dos. Pero es el amor lo único que me atrae... Durante mucho tiempo los deseé; poseí el sufrimiento y creí estar tocando las riberas del cielo, creí que la florecilla iba a ser cortada en la primavera de su vida... Ahora sólo me guía el abandono, ¡no tengo ya otra brújula...!"

Reflexiona Teresita: "¡Qué dulce es, Madre querida, el camino del amor! Es cierto que se puede caer, que se pueden cometer infidelidades; pero el amor, haciéndolo todo de un sabor, consume con asombrosa rapidez todo lo que puede desagradar a Jesús, no dejando más que una paz humilde y profunda en el fondo del corazón..."

## **La lectura como alimento espiritual**

Teresita ha sacado muchas luces de las obras de nuestro Padre san Juan de la Cruz...! A la edad de 17 y 18 años, no tenía otro alimento espiritual. Pero más tarde, todos los libros le dejaban en la aridez, siente que su espíritu se detiene, incapaz de meditar. En medio de esta mi impotencia, la Sagrada Escritura y la Imitación de Cristo vienen en su ayuda. En ellas encuentra un alimento sólido y completamente puro. Pero lo que le sustenta durante la oración, por encima de todo, es el Evangelio. En él encuentro todo lo que necesita su pobre alma. En él descubro de continuo nuevas luces y sentidos ocultos y misteriosos. Expresa Teresita: “Comprendo y sé muy bien por experiencia que «el reino de los cielos está dentro de nosotros». Jesús no tiene necesidad de libros ni de doctores para instruir a las almas. El, el Doctor de los doctores, enseña sin ruido de palabras... Yo nunca le he oído hablar, pero siento que está dentro de mí, y que me guía momento a momento y me inspira lo que debo decir o hacer. Justo en el momento en que las necesito, descubro luces en las que hasta entonces no me había fijado. Y las más de las veces no es precisamente en la oración donde esas luces más abundan, sino más bien en medio de las ocupaciones del día...”

Dice Teresita: “¿no podré cantar yo con el salmista: “El Señor es bueno, su misericordia es eterna”? Me parece que si todas las criaturas gozasen de las mismas gracias que yo, nadie le tendría miedo a Dios sino que todos le amarían con locura; y que ni una sola alma consentiría nunca en ofenderle, pero no por miedo sino por amor...A mí me ha dado su misericordia infinita, ¡y a través de ella contemplo y adoro las demás perfecciones divinas! ¡Qué dulce alegría pensar que Dios es justo!; es decir, que tiene en cuenta nuestras debilidades, que conoce perfectamente la debilidad de nuestra naturaleza. Siendo así, ¿de qué voy a tener miedo? El Dios infinitamente justo, que se dignó [84r<sup>o</sup>] perdonar con tanta bondad todas las culpas del hijo pródigo, ¿no va a ser justo también conmigo, que «estoy siempre con él»...?”

## **Fin del Manuscrito A**

Escribe Teresita:

“Este año, el 9 de junio, fiesta de la Santísima Trinidad, día en que Teresa hizo su Ofrenda

al Amor misericordioso recibí la gracia de entender mejor que nunca cuánto desea Jesús ser amado

Pensaba en las almas que se ofrecen como víctimas a la justicia de Dios para desviar y atraer sobre sí mismas los castigos reservados a los culpables. Esta ofrenda me parecía grande y generosa, pero yo estaba lejos de sentirme inclinada a hacerla.

«Dios mío, exclamé desde el fondo de mi corazón, ¿sólo tu justicia aceptará almas que se inmolen como víctimas...?»

¿No tendrá también necesidad de ellas tu amor misericordioso...? En todas partes es desconocido y rechazado. Los corazones a los que tú desees prodigárselo se vuelven hacia las criaturas, mendigándoles a ellas con su miserable afecto la felicidad, en vez de arrojarse en tus brazos y aceptar tu amor infinito...

«¡Oh, Dios mío!, tu amor despreciado ¿tendrá que quedarse encerrado en tu corazón? Creo que si encontraras almas que se ofreciesen como víctimas de holocausto a tu amor, las consumirías rápidamente. Creo que te sentirías feliz si no tuvieses que reprimir las oleadas de infinita ternura que hay en ti...

«Si a tu justicia, que sólo se extiende a la tierra, le gusta descargarse, ¡cuánto más deseará abrasar a las almas tu amor misericordioso, pues tu misericordia se eleva hasta el cielo...!»

«¡Jesús mío!, que sea yo esa víctima dichosa. ¡Consume tu holocausto con el fuego de tu divino amor...!»

Madre mía querida, tú que me permitiste ofrecerte a Dios de esa manera, tú conoces los ríos, o, mejor los océanos de gracias que han venido a inundar mi alma... Desde aquel día feliz, me parece que el amor me penetra y me cerca, me parece que ese amor misericordioso me renueva a cada instante, purifica mi alma y no deja en ella el menor rastro de pecado. Por eso, [84v<sup>o</sup>] no puedo temer el purgatorio...

Sé que por mí misma ni siquiera merecería entrar en ese lugar de expiación, al que sólo pueden tener acceso las almas santas. Pero sé también que el fuego del amor tiene mayor fuerza santificadora que el del purgatorio. Sé que Jesús no puede desear para nosotros sufrimientos inútiles, y que no me inspiraría estos deseos que siento si no quisiera hacerlos

realidad...

¡Qué dulce es el camino del amor...! ¡Cómo deseo dedicarme con la mayor entrega a hacer siempre la voluntad de Dios...!

Esto es, Madre querida, todo lo que puedo decirte de la vida de tu Teresita. Tú conoces mucho mejor por ti misma cómo es y todo lo que Jesús ha hecho por ella. Por eso, me perdonarás que haya resumido mucho la historia de su vida religiosa...

¿Cómo acabará esta «historia de una florecita blanca»...? ¿Será tal vez cortada en plena lozanía, o quizás trasplantada a otras riberas (A uno de los Carmelos de Indochina)...? No lo sé. Pero de lo que sí estoy segura es de que la misericordia de Dios la acompañará siempre, y de que nunca la florecita dejará de bendecir a la madre querida que la entregó a Jesús. Eternamente se alegrará de ser una de las flores de su corona... Y eternamente cantará con esa madre querida el cántico siempre nuevo del amor...

**Pedro Sergio Donoso Brant**

[www.caminando-con-jesus.org](http://www.caminando-con-jesus.org)

**Nota: Este relato se puede imprimir y utilizar para fines espirituales, en ningún caso para lucrar u obtener algún beneficio económico.**